

extranjera en su país; á quienes el clero de aquí alentó y sostuvo en esa empresa y con el fin de defender sus millones y su poderío, recurrieron á todo para dejar sin efecto la Reforma, la gran obra de Juárez, y lograron realizar en 1861 lo que habían intentado en 1845 con Paredes; en 1853 con Santa-Anna; en 1856 ante el triunfo del Plan de Iguala; en 1858 con Zuloaga y en 1859 con Miramón.

Y esto no para defender la religión católica amenazada, sino para asegurar su poderío, su soberanía de clero independiente y soberano, dentro del Estado, sus millones y su modo de ser colonial, y para destruir con las bayonetas extranjeras, ya que no habían podido hacerlo con las clericales, la obra salvadora y progresista de Juárez.

II

LA OBRA DE NAPOLEÓN III

Luis Napoleón Bonaparte, el hombre del golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851, á quien Víctor Hugo llamó *Napoleón el Pequeño*, era en 1860-61 el árbitro de los destinos de Europa.

Sus ejércitos habían castigado en Crimea á Rusia y en Solferino y Magenta á Austria; la retirada del gran ejército en 1812 la había vengado con los triunfos de Alma, Inkerman y Malakoff; la infame traición de Austria á su tío, el coloso, la había castigado arrojando á los austriacos de Italia. En nombre del ultramontanismo franco-español sostenía en Roma á Pío IX. Sus ejércitos habían ido á Siria y á China en nombre de la industria francesa. La política europea se inspiraba en las Tullerías; é Italia y España estaban obedientes á sus mandatos, que la una le debía su unidad política y la otra, que el capital francés construyera ferrocarriles españoles y salvara año por año sus crisis financieras.

Napoleón III en 1860-61 era adulado por toda Europa. La reina Victoria había venido poco antes á saludar, Emperador

ya, á su protegido de antaño, el refugiado político que huía de los tribunales franceses. Austria enviaba á París á sus embajadores, el príncipe y la princesa de Metternich, que adulaban hasta lo increíble, el uno al Jefe de Estado, la otra á la Emperatriz, de la cual fué íntima consejera. Italia mandaba para plegarse á la voluntad soberana de su protector, al caballero Nigra, Secretario de Cavour; y para adueñarse de la voluntad del inconstante, á la Condesa de Castiglione, que lucía sus hermosas desnudeces en las fiestas de las Tullerías, como vacante deliciosa de una orgía desenfadada. España festejaba á Napoleón, á Eugenia, á Morny, á Billault, á Rouher, á Fould y hasta á *Pepa*, la taimada nodriza de la Emperatriz. Rusia se inclinaba con los respetos del vencido, y su Czar ofrecía visitar á Napoleón III en París, lo que al fin efectuó, aunque éste, ni por cortesía siquiera, indicara que él podría ir á San Petersburgo. Prusia celebraba los triunfos franceses; y mientras en silencio preparaba la gran tragedia del 70-71, su Embajador Bismarck adulaba á Napoleón en Biarritz. Europa entera se inclinaba ante el mandato del revolucionario de Estrasburgo y de Bolonia, cuando el éxito lo hizo Emperador omnipotente de los franceses.

Y el pueblo francés lo aclamaba por doquier, por más que hoy maldiga su memoria, en un arranque injusto de indignación contra el insuceso.

Napoleón se declaró el protector del obrero y mejoró su condición; se declaró el protector de la industria francesa y la levantó al alto nivel á que llegó; los capitalistas franceses dirigían los grandes asuntos financieros del mundo: el Canal de Suez; la construcción de ferrocarriles en Europa entera; canales y puertos; y, por último, la transformación de París, esa empresa de locura y magnificencia que llevaba á cabo el barón de Haussman, con el aplauso del Emperador.

En esta situación llegaron á oídos de aquel aventurero audaz, apasionado de las grandes aventuras, las leyendas sobre la situación de México, que contaban con tono compungido

y aires de víctimas los intrigantes clericales mexicanos, que iban á mendigar en Europa una intervención contra su patria para salvar los millones de su clero.

¿Quién les franqueó la entrada á la intimidad de Eugenia? ¿Con qué llave falsa penetraron al gabinete de trabajo de Napoleón III? La explicación de esto nos la da el carácter de Eugenia, devota fanática (1) entregada á los jesuitas. Los hijos de Loyola dieron su apoyo á los Labastida, Miranda, Gutiérrez Estrada, Almonte é Hidalgo, comprendiendo que la quimera de una intervención en México, salvadora del clero, como salvadora había sido para el Papado la intervención francesa en Roma, sólo se podía obtener del hombre entonces omnipotente en Europa, de Napoleón III. Y llegaron al despacho del hombre de Estado á través del *boudoir* de la devota. (2)

Napoleón III en un principio había acogido á los conspiradores mexicanos con desdén y hasta con prevención; pero al fin sus historias de sacrificios y sufrimientos le fueron referidas, rodeadas de la leyenda magnífica de un país rico como ninguno; con el oro corriendo en polvo por todos los arroyos, y la plata maciza formando altas montañas y sierras inaccesibles. Ante ese cuento magnífico de las *Mil y Una Noches*, vinieron á sus recuerdos las aventuras del conde Raousset de Boulbon, fusilado en Guaymas, y la expedición del príncipe de Joinville contra Veracruz.

Y á esto se agregó el mal cariz que tomaba la política interior de los Estados Unidos, cuya enorme producción industrial ya asustaba entonces á los industriales franceses.

Entonces fué cuando vino de lleno á su imaginación fogo-

(1) "La Emperatriz Eugenia era, á pesar de su fervor religioso, una falsa devota impregnada de un fanatismo sin convicciones profundas, sin base, sin estudio." PIERRE DE LAMO. "La Corte de Napoleón III," pág. 32.

(2) "La guerra de México había encontrado una simpática acogida en el *pequeño salón privado* de la Emperatriz que la patrocinaba, y de allí salió como hecho consumado." "EL ÚLTIMO DE LOS NAPOLEONES." Traducción del General Benavides. Edición de "El Monitor Republicano," 1872, pág. 188.

sa de aventurero audaz la enorme y trascendental aventura de una intervención francesa en México, que al mismo tiempo que fuera el primer paso para ganar el consumo de la América española á la industria francesa, le permitiera fundar un imperio militar en América, reflejo del suyo; un imperio que tuviera en jaque á los Estados Unidos, que diera al traste con la doctrina Monroe y que concediera á Francia la hegemonía de la raza latina del mundo entero. El dominio latino en Europa ya lo tenía; con un imperio franco-americano, frente á frente de los Estados Unidos y desafiando su poder, completaba su sueño de una grandeza de megalómano imperial.

Esta fué idea suya; nadie se la inspiró, nadie se la apuntó; nació de su locura de grandeza y de su afán constante de lanzarse en trascendentales aventuras, persiguiendo su ideal internacional: la famosa teoría de las nacionalidades. Los que ven ó han querido ver en la expedición de México un interés de vil especulación, el cobro de los bonos Jecker ¡uno de tantos pretextos!, no han visto la verdad del asunto, el interés capital de Napoleón III, verdadero origen de la Intervención (1).

No, no estamos conformes con lo que asienta el Sr. Bulnes en la página 228 de su obra, cuando dice: «*La expedición de México tuvo por objeto colocar en el trono de este país á Maximiliano.*» La expedición de México tuvo miras más altas y de más amplios vuelos, que colocar en un trono á un príncipe á quien Napoleón casi ni conocía, y que en último resultado, fundando una dinastía en América, acrecentaría el poderío de su país, de su casa y de su raza. Maximiliano fué el escogido,

(1) «La oposición liberal francesa, por la prensa y en el cuerpo legislativo, quiso dar á la intervención de Napoleón III en México un origen vergonzoso. . . cuestión de escudos y de especulaciones mineras ó territoriales.»

«Esto es inexacto, ó más bien, una calumnia.»

«Que algunos personajes degradados de su círculo hayan tratado de especular con los fondos (Morny) ó sobre los asuntos de la intervención, es muy posible, pero el Emperador no pudo jamás asociarse á semejantes maniobras.»

«EL ÚLTIMO DE LOS NAPOLEONES.» Traducción del General Benavides. Edición de «El Monitor Republicano,» 1872, pág. 189.

por su fatalidad y por las intrigas de los príncipes de Metternich, y á él le tocó la fusilata del Cerro de las Campanas, como le pudo tocar á un príncipe español ó italiano. Cualquiera á quien se hubiera ofrecido entonces la aventura mexicana, habría aceptado ser súbdito de Napoleón III en América, apoyado por las bayonetas francesas. Maximiliano ú otro, para Napoleón III aquello era indiferente, con tal de realizar su aventura, que llamó «*el pensamiento más grandioso del reinado.*» (1).

Las guerras, de Napoleón I á la fecha, no se hacen ya, como antaño, por odios personales de un monarca ó por intereses bastardos de una dinastía; todas reconocen un fin puramente económico. Inglaterra hizo las guerras sur-africanas, para tener el monopolio de vender indianas de Manchester á los zulúes, en cuya empresa se sacrificó el hijo de Napoleón III, y para apoderarse de las minas de oro del Transvaal; Francia ha guerreado con los chinos, los anamitas, los tonquinenses, los siameses y los malgachos, para conquistar mercados á su industria; Rusia se batió con Turquía para apoderarse de los Dardanelos, que deseaba se convirtieran en un camino ruso; Prusia conquistó en Sadowa la hegemonía alemana, que inició el gran desarrollo teutón, firmemente remachado en Versalles con la proclamación del Imperio alemán; y en la guerra franco-prusiana, al batirse soldados contra soldados, luchaban tam-

(1) «Mr. Rouher (este Ministro por su gran valimiento mereció ser llamado el *vice-Emperador*) declaró en la tribuna que esta fatal intervención «era el pensamiento más grandioso del reinado.» Hay algo de verdad en estas frases, con esta rectificación, no obstante, que probablemente esa fué la única ocasión en que el reinado tuvo una idea.»

«En efecto, esta ha sido la única vez en que Napoleón III se ha dejado guiar por su propio impulso, y por desgracia no fué más afortunado que cuando ha obrado bajo la presión extranjera.»

«El *gran pensamiento* fué resucitar en América la influencia de la raza latina y cortar el vuelo de las invasiones amenazantes de los Estados Unidos del Norte, fundando en el centro del continente trasatlántico, como una barrera insuperable, un imperio hispano-francés.»

«EL ÚLTIMO DE LOS NAPOLEONES,» traducción del General Benavides. Edición de «El Monitor Republicano,» 1872, pág. 190.

bién industriales tudescos contra industriales franceses, y la Bolsa de Berlín contra la de París; Francia hizo la guerra de Italia para completar su territorio geográfico con la ocupación de Niza; los Estados Unidos obligaron á España á lanzarse en una guerra, que era un callejón sin salida, para tener azúcar barata y fibra de manila á voluntad; y el Chile se lanzó contra el Perú y Bolivia para enriquecerse con los inagotables depósitos de nitrato de Arica y de Tarapacá. Sólo á España la vemos luchar, cristalizada en sus ideas medioevales, por su Dios y por su Reina, en esa gloriosa guerra de Africa, donde Prim alcanzó fama inmortal y el título de Marqués de los Castillejos.

La guerra contra México, que surgió de la fantasía aventurera de Napoleón III, no tenía un fin reaccionario, ni se subordinaba á las intrigas y peticiones del clero mexicano, y la prueba es la pronta decepción de Labastida y socios, cuando Forey ocupó á México. Esa guerra tuvo un fin enteramente económico: hacer de México, el país de la riqueza fantástica, la sucursal en América de la producción francesa y el abastecedor de plata, á millones, del nuevo y moderno Carlos V francés. Fijar en México la base de operaciones de la futura guerra franco-yanqui, ya que se contaba, en virtud de la guerra civil de secesión, con la próxima división de los Estados Unidos. Levantar la fuerza y el prestigio de la raza latino-americana. (1).

Y según Napoleón III, México vendría á ser: por obra suya, una especie de virreinato francés, militar y poderoso, sirviendo de campo seguro de inversión al ahorro francés, fundándose aquí puertos, ferrocarriles, presas, canales, una gran industria minera y agrícola, y todo con capital europeo, garantizado con el pabellón francés.

(1) Fué tan arraigada esta última idea en Napoleón, que después del 5 de Mayo y de la heroica resistencia de Puebla, que debieron ser para él una revelación, todavía escribía al General Forey, en 3 de Julio de 1863, la siguiente carta fechada en Fontainebleau:

Si al contrario, México mantiene su independencia y mantiene la integridad de su territorio, si un gobierno estable se constituye allí con la ayuda de Francia, habremos devuelto á la raza latina del otro lado del océano, su fuerza y su prestigio.

Esta fué la famosa idea de Napoleón, que fracasó necesariamente, porque para llevarla á cabo ni contó, ni consultó con la voluntad del pueblo mexicano.

Y esa aventura era tanto más fácil de ser realizada, cuanto que, al decir de Almonte, Gutiérrez Estrada, Labastida, Miranda é Hidalgo, la expedición francesa sería recibida en México con aplausos, ya que la masa de la Nación deseaba y suspiraba por la intervención; sería *un paseo militar, un viaje de mar*. (1).

Una conquista tan fácil no podía arredrar al hombre que había lanzado 200,000 franceses sobre Austria para conquistar la unidad italiana y que daba 16,000 soldados de guarnición á Roma para sostener el poder temporal de Pío IX. ¿Qué podría costar una expedición de siete ú ocho mil hombres? ¿Y además, no estaban allí las arenas auríferas de todos los arroyos mexicanos y las montañas de plata para pagar la expedición?

Sí, es cierto que allá lejos, en ese El Dorado sin igual, existía un Juárez con un grupo de facciosos que, según Almonte, Labastida y socios, saqueaban las iglesias, entraban á saco á los conventos y profanaban los altares; pero *esos* huirían sin combatir ante los vencedores de Solferino: eran bandidos que robaban conductas y que trataban de vender México á los Estados Unidos. Esas eran las calumnias clericales y Napoleón III creyó en ellas para fundar la más quimérica aventura y el atentado más infame que ha sufrido un pueblo.

Y no es cierto que el pueblo francés condenara la expedición francesa. Los periódicos franceses más caracterizados, la aprobaban, y si hubo protestas contra ella, partieron de los vergonzantes periódicos de oposición, que no se atrevían á nada, como sucede con la prensa amordazada en todo país de autocratismo. Sí, en la Cámara de Diputados Julio Favre la condenó abiertamente, apoyado por el valiente grupo

(1) Véanse las notas antes publicadas.

republicano, que por lujo se permitía tener Napoleón III; pero esas frases del valiente tribuno no tuvieron eco, sino cuando llegó la noticia del desastre del 5 de Mayo, que causó escupor en Europa; cuando se conoció aquella resistencia heroica del sitio de Puebla, que censura el Sr. Bulnes, y entonces los franceses se quedaron abismados, asombrados, anonadados por el suceso. ¿Cómo, aquellas chusmas de facciosos habían derrotado á los Zuavos y Cazadores de Vincennes invencibles? ¿Había en el mundo un lugarejo despreciable que se llamaba Puebla y que resistía heroicamente á las águilas imperiales? ¿Pues qué los mexicanos no estaban armados con flechas y macanas? ¿Tenían artillería?

Y todos se llamaron á engaño y el primer rugido de la tempestad, que el arcano preparaba, hizo conmovér á la corte de suripantas insignes y de coquetos arrastrables de las Tullerías.

El pueblo francés, novedoso por excelencia, condenó el in-suceso, no la expedición ni la aventura de Napoleón III. Y cuando se conoció la verdad y el Emperador reconoció sus errores; errores nacidos del engaño de los clericales mexicanos y de los Ministros franceses Gabriac y Saligny, ganados con el oro de los intrigantes; entonces ya no se pensó sino en salir adelante en la empresa, costara lo que costara, y después, en retirarse de la aventura, si no con provecho, al menos con honra.

Pero en 1861 la idea de tal aventura había arraigado tan fuertemente en el ánimo de Napoleón III, que nadie ya hubiera podido disuadirlo de ella. Nació tal infamia en el confesonario imperial de Eugenia, ocupado por los jesuitas; tomó desarrollo en las intrigas clericales que se desarrollaron en su *boudoir* (1); de tal idea se contagió Napoleón III, y luego

(1) "La intriga fué urdida, como lo decimos antes, contando con el patrocinio de la Emperatriz." "Un Sr. Hidalgo, mexicano unas veces, español otras y amigo de la condesa de Montijo, fué uno de los primeros iniciadores; pero el hombre que supo atraer á la corte de las Tullerías á este avispero fué Monseñor Labastida, Arzobispo de México. Inteligente, sagaz y seductor, el prelado tardó muy poco en crear un po-

ni Eugenia, ni Morny, ni nadie, podían destruir un proyecto que acariciaba en su imaginación, porque, según él, lo convertiría en el amo de la raza latina del mundo entero.

El carácter aventurero de Napoleón III está fielmente retratado por un autor francés que dice: (1) "La vida entera de Napoleón III puede reasumirse en estas cuantas palabras: *buscar la solución de los problemas insolubles.*"

Consideró que él podía detener el progreso maravilloso de los Estados Unidos y que era un nuevo Carlomagno ó Carlos V, cuando en realidad era un soñador.

Y ya resuelto á obrar, lo único que le hacía falta para justificar su proceder eran pretextos.

Pretexto fué la reclamación de la deuda francesa.

Pretexto la reclamación Jecker.

Pretexto el mal trato á súbditos franceses y las pérdidas sufridas por éstos en las revoluciones mexicanas.

Mientras más pretextos, mejor.

Y no se debía retroceder en la aventura ni impedirla. Por eso el vergonzoso rompimiento del Convenio de la Soledad, que ejecutó Saligny con una impudencia extraordinaria.

Y por eso la contestación de ese diplomático francés cuando se le reprochó su falta de caballerosidad:

—"Mi único mérito consiste en haber adivinado la intención del Emperador para intervenir en México y de haber hecho la intervención necesaria." (2)

* * *

Pues bien, según el Sr. Bulnes (págs. 92 á 98) toda la obra nefanda de los clericales y la megalomanía de Napoleón III,

deroso ascendiente en el ánimo de la Emperatriz, á quien Hidalgo había ya persuadido que entre la familia de los Thebas y el gran conquistador Hernán Cortés, podría muy bien haber una cierta afinidad."

"EL ÚLTIMO DE LOS NAPOLEONES." Traducción del General Benavides. Edición de "El Monitor Republicano," 1872, pág. 193.

(1) PAUL GAULOT. "Rêve d'Empire," pág. 16.

(2) PAUL GAULOT. "Rêve d'Empire," pág. 29.

causas directas de la intervención francesa, podía destruirlas Juárez comprando á Morny, el Ministro favorito de las Tulle-
rías, en la cantidad de dos millones cuatrocientos mil pesos.

¡Hasta la cantidad exacta de ese cohecho señala el Sr. Bulnes!

Así, pues, con \$2.400,000 se impedían las intrigas del clero mexicano en lucha contra el partido liberal que había decretado la desamortización y nacionalización de sus bienes; y la firme decisión de Napoleón III para lanzarse en su locura, aprovechando la ocasión que le ofrecían los traidores mexicanos!

¡Y porque Juárez no compró á Morny, el Sr. Bulnes lanza contra él anatemas é inculpaciones!

Ya estudiaremos este asunto ampliamente en el capítulo: "*La Labor Diplomática de Juárez.*"

(1) Como una prueba más de la mediación de Eugenia en los preparativos de la intervención, y de las miras personalísimas de Napoleón III, citamos los siguientes pasajes de la obra de G. Niox, Capitán de Estado Mayor. "L'Expedition du Mexique."

« La Emperatriz acogía á los emigrados mexicanos, les hablaba en su idioma, se interesaba por sus desgracias, conmovida de los sufrimientos de la Iglesia Católica, » y estaba dispuesta á considerar la expedición proyectada, como una piadosa cruzada, » pág. 23.

« El Emperador no tuvo en cuenta la opinión pública, y se comprometió en esa empresa, bajo su sola responsabilidad, » pág. 25.

III

LA PARTICIPACIÓN DE ESPAÑA Y DE INGLATERRA

Solamente para que no exista un vacío en la labor histórica que hemos acometido, nos ocuparemos de referir, á grandes rasgos, la participación que tomaron España é Inglaterra en la formación de la intervención europea en México. Y decimos que estudiaremos tales asuntos á grandes rasgos, porque la participación de estas potencias en la agresión injusta contra México no pasó de un intento, de un conato de ataque á la soberanía de México, ya que es sabido que por virtud del Tratado de la Soledad, España é Inglaterra hicieron justos convenios con México, y que se separaron ambos países de la infame y aventurera política de Napoleón III. España, tal vez profundamente disgustada de la conducta caballerosa del general Prim, y sintiendo no realizar en México la aventura que llevaba á cabo Napoleón, que para ella significaba la reconquista de su llorada Nueva España. Inglaterra satisfecha de que se le ofrecía pagársele capital é intereses y réditos de réditos y más réditos. John Bull siempre ha quedado convencido de todo, cuando se le ofrecen dividendos y millones.